

# RECENSIONES

**ALCANTARA** gustosamente se ocupará, con la extensión que las circunstancias permitan, de los libros que con este fin le sean enviados.

LIBRO DEL DESENGAÑO, por Juan Luis Fuentes Labrador. Colección ALAMO, núm. 49. Salamanca, 1976.

Creo que uno va quedando fuera de lugar y debiera ir pensando en cerrar la pluma o cederla a quien más joven y ambientado en las actuales corrientes estéticas esté más capacitado también para juzgarlas sin grave peligro de injusticia por desconocimiento.

Porque a veces —y este caso es ocasión de ello— uno acierta a sospechar verdaderas calidades poéticas tras ese modo de hacer en el que, protestando la libertad a ultranza, se cae en un nuevo barroquismo, más retorcido y ampuloso que otra cosa.

Si originalidad literaria es suprimir, pongo por caso, toda puntuación en el escrito, eso es cosa que superó hace muchos años una criada de mis abuelos, que no solamente prescindía de los signos de puntuación sino que hacía juegos malabares con la ortografía con más donosa habilidad que el mismo maestro Correa.

Esos dichosos premios ADONAI, que son una pura tautología a fuerza de repetirse en todo, han hecho estrago en muchos poetas jóvenes que entran, sin más,

por el aro de lo que tan alta cátedra pontifica, con lo que la tan cacareada libertad queda en ovina sumisión a cualquier ladrada insolencia del "carea" correspondiente.

Y como la temática ha de seguir también a los modelos, todo es desesperanza, rencor, desencanto...

En realidad, ya lo hemos dicho otras veces, todo esto no es otra cosa que la manifestación de un neorromanticismo, más bien facilón y pasajero, que nos dice tan poco como el trasnochado del XIX.

Pero también puede que sea —aunque nosotros no seamos capaces de percibirlo— un movimiento poético definitivo en donde toda belleza de expresión tiene su asiento. Y conste que lo decimos sin la menor intención de burla.

Porque es el caso, como decimos antes, que en ocasiones, aún en esta elaborada forma de poetizar, se advierte el latido de un poeta que lo es de verdad, con hondura, sensibilidad y vigor, o, al menos, que a nosotros nos lo parece, pero que se nos pierde en este galimatías formal que no nos gusta.

Y esto es lo que nos sucede con Juan Luis Fuentes Labrador y su libro del desengaño.

De pronto, luego de un fluir borbotean-

te de palabras y palabras, surgen unos pocos versos —o versículos— que nos estremecen, sin saber por qué, con ese ligero sobresalto emocional que despierta lo "bueno" en la sensibilidad menos cultivada:

No volverán las aves  
a lo sumo  
declararé que han vuelto si realquilo  
una vieja esperanza que ponerme

Este ejemplo y otros muchos que pudiéramos espigar entre los poemas que componen el libro, nos ponen en sospecha de que el autor es hombre de mucha sensibilidad interior y con garra y fuerza de maestro de letras, superior incluso a nuestra capacidad de percepción.

Pero lo que nos ratifica y lleva de esa sospecha a la total certidumbre es la prosa que con el título de AUTONECROBIOGRAFIA, de indudables resonancias rumanianas, se publica al final del libro y que consideramos como una obra maestra del decir literario.

Es quevedesca y, como tal, mordaz, amarga y sarcástica pero con todo, resulta de deliciosa lectura.

Sin duda que el que ha sido capaz de escribir estas bellas páginas tiene mucho cielo y tierra por delante y pensamos que mucho más todavía si consigue lograr esa esperanza que le torne el encanto de la vida, si acierta a entender que sus miserias y defectos no son los que pueden hacerla aborrecible, sino las miserias y defectos propios de cada uno, que son de los que realmente debemos curarnos, aunque eso, claro, sea lo más difícil.

Por curarme yo en salud, transcribo parte de la posdata que el autor que nos ocupa, añade a su "autonecrobiografía": "Esta autonecrobiografía quede aquí dedicada a los críticos: en ella tienen material más que suficiente para lucirse haciendo cabriolas —lo más alejadas posible de la verdad, como acostumbran— por si acaso alguien concibe la genial

idea de facilitarme el acceso al lecho de la diosa (hay que ser buenos con los críticos, si no, no te entienden y te califican)".

Yo no sé si el autor que, al parecer también ejerce la crítica, ha facilitado a algún poeta el lecho de la diosa; nosotros no hemos andado nunca en estos celestineos, ni tratamos de encerrar a nadie en la más llevadera celda literaria. Por eso nos vedamos también ahora de hacerlo con Juan Luis Fuentes Labrador, del que, no obstante, esperamos excelentes logros en el campo de la literatura. Así sea.

José CANAL



CANCIONERO DE LIEBANA, por Matilde Camus. Edita: Joaquín Bedia. Santander, 1977.

Todos nuestros lectores conocen quien es Matilde Camus, puesto que hemos tenido más de una feliz ocasión de comentar algunos de sus libros poéticos en esta revista y porque hemos gozado del placer de escuchar en su propia y deliciosa voz un gratisimo recital suyo en el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros de Cáceres.

Y como la salud poética de esta notable escritora se conserva en plena vitalidad y tan rica de fragancias y lozanías como siempre, huelga que vengamos ahora a ponderar lo que de sobras el lector sabe, más que por lo que al respecto aquí hayamos dicho, por lo que él mismo ha podido averiguar con la audición o lectura de los siempre inspirados versos de Matilde Camus.

Hemos dicho alguna vez que donde creemos que se producen los más extraordinarios aciertos expresivos de esta escritora es en la temática del amor humano; amor de hombre y mujer, para ella, del único hombre. Y, claro está, como regajos de este abundoso manadero, el que se centra en los hijos y en los hijos de los hijos de su amor.



Y, sin embargo, andan casi pariguales en inspiración y acento los poemas, o muchos poemas, de este libro con los de aquel inolvidable "Siempre amor", que no hace mucho comentábamos aquí.

Y es que hay también mucho amor en este libro. No el amor genesiano de la pareja humana, sino un amor entre tierra y cielo, o mejor, de tierra y cielo, muy enraizados ciertamente en el corazón de Matilde Camus.

No conocemos la comarca de La Liébana, pero si nos atenemos a lo que Lama Bulnes, prologuista de este libro dice: "Pintores, músicos y poetas han ido inspirándose en Liébana en todos los tiempos. "La exultante naturaleza, la milenaria arquitectura de iglesias y monasterios, la Reliquia mayor de la Cristiandad, los cielos limpios, los paisajes de égloga de sus ríos y valles, la teoría de arbustos que trepan sobre el laberinto de las rocas, los impresionantes Picos de Europa que, a veces, flotan sobre un mar de niebla como extraños navíos...", no extrañará que la fina sensibilidad de Matilde Camus haya encontrado en esta tierra, que además es la suya, más que motivos para traerla a cantar en melodiosas estrofas.

Luego de una invocación como pidiendo a las Alturas la gracia de la inspiración, se divide el libro en dos partes: Liébana pura, en la que dominan los poemas —casi todos sonetos— a lo divino, como una anticipación al Año Santo Lebaniego, y en los que late la impresión que en la devota dejó la veneración del famoso Lignum Crucis; y Liébana indefinida, en la que cuenta el paisaje, peregrinado también con amor a la tierra madre iluminada, "tierra donde la voz vive silencio".

Ella lo dice mejor que nadie:

Está la tierra en mí con sentimiento de percepción vecina, apasionada, aumentando mi sangre los latidos con la sensualidad de su fragancia.

Todo va despertando mi ternura: la cosecha, la huerta, el pan, la casa.

Es curiosa la réplica que nuestra autora hace al Marqués de Santillana por su "Serranilla IX".

Matilde Camus no acepta la pretendida liviandad de la "mozuela de Bores ni menos, ese final literariamente delicioso con que don Iñigo cierra su celebrada composición. Nuestra poetisa sale en defensa de la honestidad de la montañesa con este otro:

Y llegó el final  
del simple suceso  
"sin hacer exceso"  
porque fue cabal.

Lo afirman doctores  
en cabe Espinama  
e aldea de Bores.

En otro de sus poemas, dice Matilde Camus:

Entre dos luces, la tarde  
bebía rayos de sol  
dorados como los versos  
que nacen del corazón.

Del corazón y bien nacidos brotan los poemas de este libro tan grato de leer como todos los que sinceramente sentidos se escriben con el buen gusto y la maestría que caracterizan el hacer de Matilde Camus.

José CANAL



CLAVELES DE MI TIERRA, por Juan García García. Editorial "Extremadura", Cáceres, 1977.

"Poemas castellanos y extremeños", subtitula el poeta de Ahigal a este su último y muy nutrido libro de poemas, porque, en efecto, en castellano —más nos gusta decir español— y en extremeño auténtico están escritos, muy a la manera galaniana, como que Juan García

nació y vivió a un tiro de ballesta del Guijo y escuchó desde niño los versos del inolvidable poeta, dichos por las gentes del pueblo, que es tanto como decir: brotados de las más auténticas, hondas y limpias raíces de que nacieron.

Para los que no lo conocen, lo que equivale a decir para los no cacereños, puesto que aquí todos lo conocemos, Juan García es un hombre sencillo, hijo de labriegos, que sintió desde muy pronto la vocación poética y espontáneamente empezó a cantar de forma sencilla y natural, como un jilguerillo de nuestros campos.

Y, por eso mismo, lo hizo desde el principio en ese extremeño que conoce tan bien, como que lo habló de muchacho, y siente tan suyo y tan de los suyos.

Luego habría de hacerlo también en buen castellano, pero la inspiración, el gracejo y los aciertos poéticos más valiosos están, para nuestro gusto, en sus poemas escritos —vivididos— en el lenguaje de la tierra.

No podríamos espigar en la poesía de Juan García exquisiteces expresivas: metáforas brillantes, violentos hipérbaton, perifrasis ni altisonancias que ni llevan ni las necesita su poética. El cantar de nuestro amigo es cosa muy diferente a lo que ahora se lleva entre los poetas cultos o no tan cultos, esos a los que sólo leen otros poetas y quedan inéditos para el gran público.

Para leer a Juan García no es necesario calentarse la cabeza con hondas reflexiones, detenidos análisis ni agudos desenrañamientos. Es un poeta tan fácil y sencillo que conmueve la sensibilidad del más rústico lector; o del más ingenuo oyente, porque hay que decir que las poesías de este escritor —particularmente las extremeñas— ganan en colorido y expresividad, de modo notable, recitadas por el autor, que ha cosechado así notables éxitos de público y de crítica.

Tampoco han sido escasos los galardones recibidos en certámenes y justas poéticas celebrados en la provincia.

El libro lo componen sesenta y seis

poemas de lo más variado, tanto por su factura, como por su temática y lenguaje, y se abre con una nota autobiográfica y la correspondiente fotografía del autor.

La portada, a todo color, es obra del pintor Higinio Gómez Rebollo.

Digamos, por último, que la edición está presentada con materiales y confección que acreditan el buen hacer de la Editorial "Extremadura".

José CANAL



DOS OBISPOS BENEDICTINOS EN LA DIOCESIS DE PLASENCIA. Separata de Homenaje a fray Justo Pérez de Urbel, obs. Silos, 1977.

Continuando su labor, efectivamente *benedictina*, Francisco Fernández Serrano, nuestro paisano largo tiempo afincado en Zaragoza, nos da en este epitome la biografía, hasta donde exhaustivamente se puede reconstituir de dos obispos de la sede placentina, uno de ellos, fray Plácido Pacheco, titular de la misma entre 1633 y 1639, que por haber ocupado dicho cargo con posterioridad a la publicación del Episcopologio de Plasencia escrito por el conocido fray Alonso Fernández en 1627, no alcanzó, naturalmente, a estar incluida en la misma.

El otro obispo benedictino, fray Alonso García de Losada, fue obispo en Plasencia y ya el autor nos llama agudamente la atención sobre el cambio de proposiciones, pues este fray Alonso no fue titular de la Silla, sino obispo auxiliar, aunque por las trazas con mucha actividad y actuación en la diócesis, durante el pontificado del obispo titular don Diego Sarmiento Valladares. También este prelado pertenece al siglo XVII y don Diego Serrano nos cuenta sus andanzas por distintos pueblos de la jurisdicción episcopal placentina: Garciaz, Hervás, Jaraíz de la Vera, Jarandilla, Trujillo, Zorita, etc.

C. C. S.



DOS RECTIFICACIONES CRONOLÓGICAS DEL SIGLO XIII EN EL EPISCOPOLOGIO DE PLASENCIA. Separata de "Hispania Sacra", vol. XXVII. 1974.

En la misma línea de investigaciones sobre la diócesis placentina, Francisco Fernández Serrano, tiene ocasión en este epitome, ampliamente documentado como todos los suyos de rectificar algunas fechas. La primera de ellas es la del segundo obispo de Plasencia don Domingo, a quien ordinariamente se da como colaborador en la reconquista de Trujillo, en 1232, cosa imposible puesto que ya en 1231 la sede placentina estaba vacante, lo cual evidencia que don Domingo debió morir antes de esta fecha. Como se ve la rectificación tiene más importancia de lo que podría deducirse de un error de pocos años en la muerte de don Domingo. A este obispo se le vienen concediendo unos laureles en reconquista de Trujillo que no tuvo tiempo de recoger.

El tercer obispo de Plasencia, D. Adán Pérez de Cuenca, cuyo pontificado venía haciéndosele empezar en 1236, siguiendo al referido fray Alonso Fernández, ocupó la prelación, unos años antes, quizá a principios de 1232. Por esta razón, estaba el historiador Torres y Tapia en lo cierto, cuando dijo que fue don Adán y no don Domingo, el que intervino en la reconquista de Trujillo, de lo cual tendrán que tomar nota los futuros historiadores de esta última y gloriosa ciudad extremeña.

C. C. S.



MUJERES EXTREMEÑAS. Tomo I. Vidas de perfección, mujeres de recio temple y Damas de América. Por Valeriano Gutiérrez Macías. Cáceres, 1977.

Ya sé que es un tema vidrioso y no bien dilucidado y resuelto. Con todo, y con motivo de la presente recensión bibliográfica, me atrevo a plantear la duda siguiente: ¿Es compatible la frecuentación, el culti-

vo, excesivo, al parecer, la cala continuada y casi obsesiva de lo regional, de lo localista o particularista, con el amor y la vinculación a la Patria grande, causa y destino de los más nobles ideales y de las más grandiosas y encendidas hazañas? Si nos ceñimos a España y repasamos, sumariamente, nuestra Historia, veremos que los momentos cumbres de nuestra nación, han coincidido, inevitablemente, no con la anárquica dispersión regional o local, con los reinos de "taifas", sino con los momentos de más perfecto ensamblaje de las tierras de España, de su máxima conseguida aglutinación. Sin que ello suponga, siempre, y necesariamente, un despotismo férreo o la aniquilación de las hermosas y legítimas variedades regionales. No bien orientada y pensada, o aireada al infinito, la proliferación y exacerbación de lo regional, puede conducir muy bien, como ha sucedido tantas veces, a un desgarramiento de la túnica patria, a una "política de campanario", que diría don José María Pemán, o a una nueva caída "en el cantonalismo estéril de vetones y arévacos", según el inmortal epílogo de la "Historia de los Heterodoxos Españoles", del venerado D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Compárense los instantes felicísimos patrios de la Monarquía de Leovigildo, Reyes Católicos y de la Casa de Austria y aún de los discutidos cuarenta años del mando de nuestro Caudillo Franco, con las épocas irrisorias y funestas de nuestro desmandamiento regional, causa de nuestro receso histórico y del desprecio del mundo.

Perdóneseme este largo planteamiento introductorio. Contra lo que pudiera parecer, la ya larga producción literaria y dedicación intensiva a lo regional, de don Valeriano Gutiérrez Macías, corroborada una vez más, con su nuevo libro, "Mujeres Extremeñas", no va por los cauces desalados y desviacionistas del amor patrio, sino por los de una extremeñidad inserta en la españolidad, como un trofeo valiosísimo conjunto de ambas expresio-

nes históricas y geográficas, igualmente laudables.

"Mujeres Extremeñas", la más reciente salida literaria del admirado y activísimo don Valeriano, la veo, como un florón más en su profusa obra de ensayista, como un novísimo y singularizante acarreo a su mimada parcela de la extremeñidad. "Por la Geografía Cacereña", "Anecdotario de Gabriel y Galán", "Cantores de la Virgen de la Montaña", fueron, entre otros títulos de la producción de nuestro autor, sus precedentes, en esta labor incesante, metódica, tenaz y casi exhaustiva de cazador y explorador de costumbres y trazos típicos y de figuras eximias, que tienen a Extremadura por norte, destino e inspiración. A don Valeriano lo contemplo afanado, con apasionante amor, en ésta y sus otras obras similares, en este sondeo de curiosidades y de personajes relevantes de nuestra Región, con un propósito innegable y nobilísimo: Exhumar, poner a luz clara toda la potencialidad y valía extremeña, como una pieza interesante del gran "puzzle" de España, como un retazo bellísimo del gran manto de nuestra secular grandeza. Y todo esto es loable, en grado sumo.

Y es hora de examinar, a una luz crítica, sincera y exigente, la obra que motiva y encabeza este artículo: "Mujeres Extremeñas".

Conocía de antemano, algunas de las 33 figuras femeninas, que "como vidas de perfección" y "mujeres de recio temple", compendia y bosqueja este enjundioso y bien documentado libro de nuestro escritor, primero de una Trilogía de

mujeres extremeñas o afectas a nuestra Región: Santa Eulalia de Mérida, Santa Florentina, Santa Rosa de Lima, la Madre Matilde Téllez, Doña María "la Brava", Doña Marina, Inés Suárez y muy pocas más. Pero lo que verdaderamente pasma y admira, como nos insinúa el mismo don Valeriano, es el caudal copioso, la nómina brillantísima de las mujeres extremeñas, "donde lo eterno femenino, nos eleva hacia arriba" de la frase goethiana, que encabeza el libro reseñado.

A través de datos históricos, conocidos, unos; otros, de primera mano; avallados por selecta y abundante bibliografía; salpicado de poesías laudatorias de las esclarecidas mujeres extremeñas, muchas de vates inspiradísimos (García Lorca, Ventura Durán, Doña Gregoria Collado, P. M. González, Don José Luis Majada Neila, etc.), y en el marco de una puntual y exacta descripción geográfica y de una prosa ceñida, expresiva y caliente de nuestro autor, van desfilando estas mujeres, gala de lo femenino y prez clarísima de nuestra Región, en toda su intensa virtualidad santimonial y heroica.

Tras la publicación de esta obra de siluetas y semblanzas femeninas, lo más puro y delicado de nuestra estirpe, deseáramos de Don Valeriano, con la prontitud que permitan sus múltiples tareas y el engranaje editorial, otras producciones suyas, de pareja andadura y maestría y para brillo y prestancia de las letras extremeñas. Ya sé de algunos de sus proyectos, y... que no le faltan mimbres para ejecutarlos.

Francisco D. SILVA